

de lamentarse; y nosotros no nos comovemos, hallandonos en el mismo caso. Quexabase de haver empezado tarde; havia sin embargo empezado en la flor de su edad; y nosotros en una edad, que se vá adelantando, aun no hemos empezado. Quexabase de haver empezado tarde; pero en fin havia empezado; y nosotros lo vamos siempre dilatando. Quándo serà, pues, tiempo, que empecemos? Queremos, por ventura, que nunca llegue? Osarémos decir esto? Y si queremos empezar algun dia, por qué no hemos de empezar hoy? *Quare non hodie?* Hasta quándo se ha de quejar el Salvador del mundo, de que los hijos de su Santa Madre son sus mas crueles enemigos? *Filii Matris meae pugnaverunt contra me.* Nos sobresaltamos, y nos afanamos con toda la Iglesia para defender la gloria de Maria. Es muy justo; y perezca el ingrato, que pueda jamás mirarla con frialdad, ó disputarle sus prerrogativas; mas veneran-

do à la Madre, no ultrajémos al Hijo. Descarguemos sobre nosotros mismos alguna parte de nuestro zelo, obremos consequentemente. Ya que tenemos tan alto concepto de la santidad de Dios, y del horror, que tiene al pecado, saquemos por consecuencia natural, que no nos es permitido tardar un punto en purificar nuestro corazon, y reconciliarnos con el Señor. Esto es lo que yo me havia obligado á probar. Veamos ahora brevemente el segundo favor, que la Virgen Santissima recibe en este dia, y la instruccion que podemos sacar nosotros de él.

SEGUNDA PARTE.

Dios, que nunca dexa sus obras imperfectas, no se contentò con preservar á Maria Santissima del pecado original. Poco huviera sido para ella no ser rea, si huviera podido serlo

después, abusando de su libertad. Con-
 venia, pues, prevenirla con aquellos
 preciosos favores, que, sin imponerle
 necesidad, la afirmasen de tal suerte
 en la práctica del bien, que nunca de-
 xase de usar santamente de su libre al-
 vedrio. Para esto, pues, qué abundan-
 cia de dones naturales, y sobrenatura-
 les, qué thesoros, qué riquezas no se
 derramaron en su alma en el instante
 de su creacion? Con qué cuidado, y
 con qué liberalidad hermosearon las
 Personas Divinas aquel Tabernaculo,
 que havia de ser su mas digna, y mas
 deliciosa morada! Qué efusion de lu-
 ces, qué extension de ciencia, qué ilus-
 traciones en el entendimiento! Qué ar-
 dores, qué ternura, qué flexibilidad en
 el corazon! Qué rectitud, qué domi-
 nio en la razon! Qué sujecion, qué
 subordinacion en las pasiones! Vióse ja-
 más un natural mas suave, mas ama-
 ble, mas docil à las inspiraciones del
 Espiritu Santo? Quién tuvo nunca mas
 fa-

facilidad para el bien, mas gracias, ni
 mas santos habitos? Lexos de aqui to-
 do quanto puedá ser indigno de la pre-
 sencia del Santo de los Santos. No se
 háble de concupiscencia, ni de aquella
 ley de pecado, que llevamos dentro
 de nosotros mismos, y que nos hace
 querer aquello, que no queremos. Apar-
 tad hasta la misma idea de apetito sen-
 sual, de rebelion de la carne, de ten-
 tacion, de alboroto, de guerra inte-
 rior, é intestina. La paz há de ser in-
 alterable en un corazon, en el qual
 quiere Dios reynar como dueño, y
 sin oposicion. *Factus est in pace locus*
ejus.

Mas si Maria en su Concepcion ex-
 perimentó los efectos de una predilec-
 cion especial, tambien correspondió à
 ella dignamente. Ya oygo á esta ben-
 dita Niña, que usando desde luego
 santamente de su razon, como otro
 Jonàs en el vientre de la Ballena, ex-
 clama desde el seno de su Madre, con
 un

un Propheta : criador del Cielo , y de la Tierra , que acabais de darme el sér ; Dios de bondad , que ya me la dáis á conocer con los tiernos sentimientos , que me inspirais , recibid los primeros movimientos de este corazón recién formado , y que no quiere empezar à vivir , sino es empezando á amaros : *Deus , Deus meus ad te de luce vigilo.* Admitid , ó Dios de mi alma , la total consagración , que os hago de mí misma , en acción de gracias por las misericordias , que habeis usado con una criatura , que saliendo apenas de vuestras manos , se halla ya abrasada de la mas ardiente sed de unirse à Vos : *Sitivit in te anima mea.* Vuestros favores han venido á buscarme à este lugar obscuro ; sin deteneros la indecencia de esta morada , os dáis prisa de manifestarme vuestro poder , vuestra gloria , vuestro amor. Qué agradecimiento de mi parte podrá jamás corresponder á un tan extraordinario

nario beneficio ? *In terra deserta , et in via apparuit tibi , ut viderem virtutem tuam , et gloriam tuam.* Este agradecimiento , christianos oyentes , fue tan perfecto , que los Padres , y Doctores de la Iglesia no tienen dificultad de afirmar , que Maria en aquel instante amó mas á Dios , que todos los Santos ; que todos los Angeles juntos ; que mereció recibir la plenitud de los dónes del Espiritu Santo ; que fue confirmada en gracia ; que tuvo desde entonces una impecabilidad moral , y una inmutabilidad casi semejante à la que gozan los Bienaventurados. O qué admirables principios ! Quién nos concederá , muy amados hermanos , que podamos acabar por donde empezó nuestra bendita Madre ! O qué hermosa vida ! La única mudanza , que se verá , es , que la virtud de Maria irá siempre creciendo ! Hallandose desde los primeros pasos al fin de la carrera , sabrá Maria sin embargo el modo de adelan-

levantarse continuamente, y de acercarse mas al termino; puesta en el grado mas alto de perfeccion, hallará Maria medio de levantarse sin cesar, y de perfeccionarse mas, y mas. Qué profusion de gracias de parte de Dios! Qué fiel correspondencia de parte de Maria! Qué cúmulo inmenso de buenas obras, de virtudes, de meritos! Ay de mí! quàn diferente ha sido nuestra suerte de la suya!

Infelices objetos de la indignacion del Cielo, venimos al mundo con inclinaciones enteramente terrenas. El hombre atollado en el lodo, de que fue formado, es casi insensible á todo lo que no percibe con sus sentidos, y no acierta á elevarse á las cosas espirituales; debilitado en todas las potencias de su alma; sensible á las mas leves impresiones de los objetos exteriores; incapaz de todo bien por sí mismo, esclavo de la propension, que le arrastra al mal, dominado de un tropel de

de pasiones, que le atormentan sucesivamente: es aquel pobre infeliz del Evangelio, despojado por los ladrones, cargado de heridas, y dexado medio muerto en el camino de Jericò: es aquel Principe tan famoso en nuestras Escrituras privado de sus casas, de sus bienes, de sus hijos, entregado á la furia del Demonio, echado sobre el estiercol, y cubierto de llagas, ó por mejor decir, cuyo cuerpo era toda una llaga. Esto es el hombre, amados hermanos míos, este es el lastimoso estado á que nos hallamos reducidos por el pecado.

Mas para qué manchar el triunfo de Maria con la relacion de nuestras desdichas? Pretenderé, como Predicador sedicioso, con una odiosa comparacion de vuestra condicion con las gracias, que recibió la Virgen Santisima, excitar vuestra envidia, y moveros á murmuracion contra la adorable Providencia? No lo permita Dios!

O! Vos, que sondeais lo profundo de los corazones, Vos me sois testigo de la rectitud de mis sentimientos! Ya que todas estas miserias, que son consecuencias del pecado original, por sí mismas no nos constituyen reos delante de Vos, como lo ha declarado el Concilio de Trento, me atrevo á decir, Dios mio, y lo puedo decir inocentemente, con una santa muger llena de zelo por la gloria de su Principe, que acepto la humillacion de mi estado, y que me hállo contento en mi desgracia, con tal que Vos, y vuestro throno (esto es, vuestra Bienaventurada Madre) seais inocentes: *In me, in me sit haec iniquitas, Domine, mi Rex; Rex autem, et thronus ejus sit innocens.* Qué he pretendido, pues, con este discurso? He pretendido sacar, si puedo, del fondo mismo de nuestras flaquezas, y miserias, con que fortalecernos, é instruirnos hoy.

Somos flacos, acabo de decirlo;

somos flacos; lo conocemos, lo confesamos, nos lamentamos de ello todos los dias; con todo esto, cómo nos portamos? Sin cuidado, sin vigilancia, sin cautela, sin desconfianza de nosotros mismos nos exponemos á los mayores peligros con tanta audacia, como si fuéramos invulnerables, é invencibles. Tropezamos cien veces; caemos en fin infelizmente en el profundo precipicio, como si una mano estraña nos huviera impedido, nos mostramos admirados de nuestra caída; en lugar de afearnos á nosotros mismos nuestra negligencia, nuestra temeridad, nuestra presuncion, osamos atribuir á Dios nuestra flaqueza. Es esto cosa justa?

Si para alentaros á vivir christianamente, os huviera yo propuesto el exemplo de la Virgen, como era mi primer intento; si os huviera exhortado á imitarla en la inocencia de su vida, en la pureza de sus costumbres, en el horror, que constantemente tuvo

al pecado; qué modelo, huvierais exclamado al punto! Podémos llegar á tal perfeccion, nosotros, que somos una masa de miserias, y flaquezas? Maria nunca faltó à su obligacion: esto le era facil, y no es de admirar. Antes bien fuera de admirar, si haviedo sido siempre guiada por la mano, huviera llegado à tropezar. No es, amados hermanos míos, no es de admirar, que la Virgen nunca haya conocido el pecado. Todo obedecía en ella à las inspiraciones del Espiritu Santo, que la asistia continuamente. Y asi no es esto tampoco lo que me admira. Lo que me admira es, que nosotros nos espongamós, como si nos halláramos favorecidos con todos los privilegios de la Virgen Santissima; quando vemos, que ella desconfiaba de sí misma, como si huviera experimentado todas nuestras enfermedades espirituales. Maria, aunque asistida de una sensible, y especial proteccion de Dios; la Ma-

Maria, aunque confirmada en gracia, teme perderla; de todo se recata, por guardar este precioso thesoro; huye las mas leves ocasiones del mal, dice San Ambrosio, se aparta de la comunicacion del mundo, vive retirada, pasa los dias, y las noches aplicada al trabajo, à la oracion, à la leccion de libros sagrados, à la mortificacion de sus sentidos. Y nosotros, que el mas leve soplo puede derribar, corremos furiosos à nuestra perdicion, nos arrojamos temerariamente, y con ímpetu en medio de las llamas, y nos admiramos, si salimos medio quemados, todo tiznados, y humeando. Nos quejaremos, pues, de nuestra flaqueza, ó con mas razon de nuestra imprudencia, de nuestra malicia, de nuestra locura? Decid, pues, á las almas buenas, que se acordaron. Lo que me persuade, que no se debe echar la culpa à esta supuesta flaqueza, es, que no havrá tal vez uno entre nosotros, que no la haya vencido,

do, por lo menos en cierto tiempo. Pues lo que haveis podido algun dia, por qué no lo podreis tambien hoy? Acordaos de aquellos dichosos dias, quando los mayores obstaculos no servian mas que de renovar vuestro fervor. El mundo, los placeres, los sentidos, las pasiones, el Demonio os combidaban en vano: no atendiais, sino à la gracia; solo sentiais flaqueza, solo os faltaba el animo, para dexaros llevar de las perversas propensiones. Pues cómo haveis mudado? Qué se hizo aquel imperio de la voluntad, que allanaba todas las dificultades? Qué se hizo aquella fuerza de la razon, que, sujeta à Dios, fixaba la inconstancia del alma, y la determinaba invariablemente al bien?

Decid, pues, almas flacas, de dónde os viene esta mudanza? Ese corazon tan firme, y tan resuelto en todo lo demás, solo será inconstante quando se trate de la salvacion; ó acaso no ten-

tendrá Dios con qué llenarle? Qué os ha disgustado de él? No es ahora tan bueno, y tan amable, como lo era antes? Os ha mostrado algun desprecio, ó frialdad? No necesitais ya mas de su ayuda? Ha dexado de ser vuestro bienhechor? No teneis ya que esperar de su bondad, ni que temer de su justicia? Haveis hallado con qué suplir su falta? Para quién guardais, lo que negais à Dios? Para vosotros? Y cuánto tiempo lo podreis gozar? Además, sois dueños de ello? Lo guardais para las criaturas? Teneis, por ventura, derecho para darles, lo que unicamente pertenece al Criador; y qué ventajas os prometen de vuestros sacrificios? Lo guardais para el Demonio? Qué desatino, entregarse serenamente à su mas cruel enemigo! Qué podeis esperar de él sino tormentos? Responded, hombres ciegos, é insensatos; justificaos delante del Señor; aún se complace en oiros: qué digo? aun solicita, que os

os justifiqueis. Ah! No desea otra cosa, sino que podamos parecer inocentes á sus ojos: *Si quid habes ut justifieris.* Somos flacos; esta es toda nuestra excusa. Somos flacos; y cómo lo sabemos? Apelo al testimonio de vuestras conciencias. Hemos acaso alguna vez probado nuestras fuerzas de veras? Nos hemos alguna vez dispuesto seriamente á resistir, y á pelear? Somos flacos; mas con qué cara osamos alegar un pretexto tan frívolo, quando hemos tenido valor para resistir tantos años al mismo Omnipotente? *Et contra Omnipotentem reboratus es.* Sus promesas, sus amenazas, sus alhagos, sus castigos, la muerte, que hace caminar á vuestro lado, el tremendo juicio, á que os cita, el Reyno del Cielo, que os ofrece, el Infierno, que tiene abierto debaxo de vuestros pies, nada os mueve, nada os detiene; y no tenéis valor para resistir á una mirada, á una risa, á una palabra, ó al silencio de una simple

criatura? *Si contra Deum fortis fuisti, quanto magis contra homines praevalebis?* Somos flacos; esto es verdad? Digamos con mas razon, digamos, que queremos ser flacos; digamos, que miremos el negocio de nuestra salvacion, como el menos digno de nuestro cuidado; digamos, que para salvarnos, queremos absolutamente, ò que Dios lo haga todo, ò que no nos dexé cosa difícil, que hacer. Somos flacos; y estamos bien persuadidos de esto? Lo confesarèmos sinceramente aqui, públicamente, y delante de los hombres? Somos flacos? Desconfiemos, pues, de nosotros mismos; no nos expongamos; temamos las caídas; usemos de cautela, y de vigilancia. Somos flacos? Hagamos, pues, lo que han hecho tantos millares de personas tan flacas, y aun mas flacas, que nosotros, que pudieron temer, evitar, huir las ocasiones, y los peligros. Somos flacos? Busquemos, pues, fuerzas en la meditacion,